

Santa Teresita del Niño Jesús

NOVISSIMA VERBA

Apostolado Mariano
C/ Recaredo, 44
41003 Sevilla

NOVISSIMA

VERBA

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7770-152-0

D.Legal: Gr. 901-98

Impreso en Azahara SL

Impreso en España

Printed in Spain

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Esta NOVÍSSIMA VERBA que presentamos por vez primera en nuestras ediciones de HISTORIA DE UN ALMA¹, no forma un capítulo más añadido a esta hermosa biografía con el objeto de embellecerla y amenizarla; no es un libro más de los destinados a propagar la devoción a la Santita; es algo más que

(1) En 1929, dimos a conocer por primera vez, en España y naciones de habla española, esta preciosa recopilación de las últimas notas de un canto de amor. Traducida por un religioso de nuestra amada Provincia Carmelitana, P. Romualdo, apareció con gran aplauso de los devotos de la Santita. Formaba un hermoso volumen "vademecum" de más de doscientas páginas. El título definitivo fue, Novissima Verba, o últimas conversaciones de Santa Teresita del Niño Jesús. Su precio en aquellos tiempos era de dos pesetas. Por reveses permitidos por el Señor, en la pasada guerra, no volvieron a aparecer, muy a pesar nuestro y de las almas amigas de la Santita. Hoy hemos querido empezar una nueva etapa, poniendo en manos de los devotos teresiano-lexovienses este inmejorable tesoro, junto a nuestras ediciones de la "Historia de un alma". No dudamos que su lectura ha de producir grandes consuelos sobrenaturales en los amantes de la Santita de las Rosas.

La traducción es casi exacta a las anteriores ediciones de Novis. Verba, salvo algunas modificaciones y añadiduras conforme al verdadero texto francés de que nos servimos.

todo eso; un nuevo volumen de la autobiografía de la Santa, su broche de oro, la autobiografía apoteósica de la Florecilla de Jesús. Hasta aquí se presentaba envuelta en el fino záfiro de la sencillez, de la humildad; en el simpático y sencillo disfraz de la infancia, y oculta en la misteriosa oscuridad de la vida de toda religiosa Carmelita... y por añadidura, la brevedad de su vida nos dejó tan sólo percibir los primeros aromas de esa flor primaveral. Pero, ahora, en NOVÍSSIMA VERBA, se nos presenta iluminada por la clara luz de la evidencia. El alma de Santa Teresita se nos presenta tal cual es, sin clase alguna de disfraz, en un admirable síntesis de su vida que hallaremos recogida en esas páginas que la Divina Providencia quiso dejarnos como alimento de las almas Teresiano-Lexovienses.

NOVÍSSIMA VERBA da las últimas pinceladas, los últimos toques que han de dar por terminada la bellísima obra de "Historia de un Alma". "Este libro como narración espontánea e íntima, dirigida a hermanas que quieren conservar los recuerdos fraternales, no tiene aquella unidad y orden que es conveniente para que se pueda formar un concepto cabal y armónico de la Santa... faltan en él muchas páginas que según confiesa ella misma, jamás serán leídas en esta vida; de aquí resulta que para muchas inteligencias no tiene unidad suficiente ni relieve bastante, ni aquella ordenación perfecta y armonica que en realidad poseía, dice el Rdo. P. Casanovas, S. J., hablando de la autobiografía de nuestra santa.

Las religiosas de Lixieux se habían dado perfecta cuenta de que era preciso dar con esos tesoros que quedaban ocultos en los más secretos repliegues del

alma de Teresita. Pronto pusieron manos a la obra y apareció al poco tiempo un nuevo capítulo (XII) rico en detalles de los últimos días de la vida de Teresita. Pero sólo nos decía “algo” que las religiosas habían visto u oído.

La Reverenda Madre Inés de Jesús, que estuvo constantemente en la cabecera de su “hijita” y que “conocía todos los repliegues” de aquella alma privilegiada, sabía que a pesar del empeño de sus hermanas en religión, todavía el alma humilde de Teresita no había abierto el profundo arcano de su espíritu. Era preciso que aquel Caudillo del Nuevo Camino de la Santidad legase un testamento al numeroso ejército de almas pequeñuelas que la seguiría entusiasmado a través de las generaciones. Faltaba que Teresita, antes de remontarse al cielo, abrasada en el fuego del amor divino, sobre el Aguila Divina, nos arrojase su manto; nos dejase en herencia su “espíritu doblado” como Nuestro Padre San Elías a su amado discípulo Eliseo.

Este testamento de Teresita lo tenemos escrito en NOVÍSSIMA VERBA. En él se nos manifiesta claramente el secreto de la santidad; las aspiraciones más sublimes de Teresita. En NOVÍSSIMA VERBA la pequeña doctorcita desde su cátedra del sufrimiento va desengranando una a una las acertadas leyes, consejos y enseñanzas del hermoso y sabio Código de Infancia Espiritual, todos ellos perfumados por los sagrados aromas del Santo Evangelio.

NOVÍSSIMA VERBA ha de ser para los amantes discípulos de la Florecilla de Jesús, lo que fue el último período de la vida de Jesús sobre la tierra. Entonces Jesucristo nos dejó completo su Nuevo

Testamento, acabó dándonos sus últimas doctrinas y enseñanzas, en fin, mostró su gloriosa divinidad a sus queridos Apóstoles, la grandeza de su alma... su Apoteosis.

Teresita llegada va a la meta de su admirable Caminito, enseña, da sus últimas órdenes, prescribe sabias reglas para alcanzar la perfección y descubre al fin las secretas delicias de que goza su alma y que han sido fruto de su amor y abnegación.

La Reverenda Madre Inés de Jesús, Paulina, la inolvidable “madrecita” de Teresita, recogió las encendidas rosas que de aquellos moribundos, pero encendidos labios se desprendieron; la profunda doctrina de esta “doctora” evangélica, formando con ellas un hermoso ramillete de todas estas reflexiones y observaciones firmemente matizadas; de estas enseñanzas y ardientes efusiones de apóstol, de mártir, de profeta, en fin, de aquella que era el Corazón del Cuerpo Místico de la Iglesia.

En NOVÍSSIMA VERBA, Teresita nos declara su doctrina, nos abre su alma y nos asegura con tonos proféticos el triunfo de la Infancia Espiritual; nos deja ver, todavía en vida, el glorioso apoteosis de su alma: “Bajaré... (N. V., 25 de junio), todo el mundo amará... (N. V. de 1 agosto). Haré caer lluvia de rosas... (N. V., 9 de junio)” No podré tener reposo hasta el fin del mundo y mientras quede un alma que salvar; pero cuando el ángel haya dicho ¡Ya se acabó el tiempo!, entonces descansaré y mi alma rebosará de gozo, porque el número de los elegidos estará completo y todos estarán gozando ya de la bienaventuranza... (N. V., 17 de julio), cuando esté en el cielo el Buen Dios se verá obligado a hacer mi voluntad,

porque yo jamás hice la mía sobre la tierra” (N. V., 12 de julio). Esta exuberante doctrina de NOVÍSSIMA VERBA es una confirmación de todas aquellas aspiraciones expuestas en la HISTORIA DE UN ALMA. Es como un “Evangelio” de las almas llamadas a formar parte del Glorioso Ejército de Teresita, donde se nos descifra la clave para abrir el cielo.

No podemos olvidar que esta hermosa obra, esta delicada recopilación de las postreras palabras de la Santita se debe a la cuidadosa, constante y exacta mano de la Reverenda M. Inés de Jesús. A ella debemos alzar nuestro himno de gratitud por la gran obra que con ello hizo a la Santa Iglesia. A ella le corresponde el hermoso título de “evangelista” de las santas doctrinas de su santa hermanita.

¡Cuántas almas habrán visto la luz, después de un largo periodo de sequedad, gracias a la doctrina de Teresita y gracias también a la oculta labor de su “madrecita”, que día y noche permanecía junto al lecho de la moribunda, junto a los laureles de aquella heroína, hasta llegar a recoger las respuestas deseadas, a las profundas y acertadas preguntas que aquella “madrecita” supo hacer a su hijita querida, cuya alma conocía hasta en sus ocultos repliegues!

Para demostrar nuestra gratitud a la Reverenda Madre Priora de Lisieux, le dedicamos estas líneas juntando al mismo tiempo aquellas otras que el M. R. P. Teófilo Dubosq dedicó a la misma en prueba de agradecimiento por la obra de la Madre.

CARTA-PREFACIO¹

Gran Seminario de Bayeux

10 de noviembre de 1926.

Reverenda Madre:

La corta vida de nuestra santa hermanita Teresita del Niño Jesús fue una constante ascensión hacia la perfección del amor divino. Cuando más cerca estaban sus obras y palabras del éxtasis final que la arrojó en los brazos de su adorado Maestro, más al vivo expresaban la perfección de su alma y las lecciones de verdadera y humilde santidad que ella estuvo encargada de enseñarnos. Como Elías arrebatado al cielo dejó la plenitud de “su espíritu” a su discípulo amado, así, en esta NOVÍSSIMA VERBA nuestra santa Hermanita condensó con naturalidad y sin refinamientos lo más exquisito de sus doctrinas, de su manera de ser de Dios, espontáneamente y por amor.

(1) Esta carta está publicada en la edición francesa, como presentación.

Con qué minuciosos cuidados, en estos últimos meses de agonía, V. R. se llegó a su cabecera, recogiendo y anotando día por día, hora tras hora, hasta las más insignificantes sílabas y los mínimos gestos por los que se traslucían fielmente las disposiciones de su corazón.

Muchas de estas palabras y hechos las había escrito ya V. R. en el capítulo (XII) complementario de la HISTORIA DE UN ALMA o en las biografías escritas con vuestra participación. Pero no podía V. R. en estas obras injertar los íntimos detalles de este dietario que hubiesen alargado demasiado el texto y roto la proporción de la obra. Quizá V. R. titubeó de divulgar sin más aquello que vos considerabais por instinto como confidencias sagradas de un abandono del todo familiar.

Pero V. R. había comprendido que las numerosas almas que nuestra Hermanita había de conquistar y llevar por su “Caminito” estaban ávidas de conocerla mejor, y también comprendió que cuanto más espontáneos eran esos hechos y decires de la Santa, más a las veras demostraban lo profundo de su corazón y la sinceridad de su virtud.

(1) Este entusiasta de la Santa Moderna; celoso promotor del Proceso de Canonización de nuestra Santita y a quien debemos estar sumamente agradecidos por sus admirables trabajos en esto, fue el faro que debía iluminar las nuevas rutas que el Carmelo de Lisieux iba a emprender desde la Glorificación de la mejor de sus “floreциllas”. Decidido en sus consejos fiel siempre a la misión de su celestial protectora, fue el alma de todo el movimiento teresiano-lexoviense. Peregrinaciones, Basilica, ampliaciones, escritos, palabras... todo lo que ha contribuido a la propagación de la devoción de Teresita, fue fruto de su admirable talento directivo y de su ardiente amor a la Florecilla de Jesús.

Si, el librito que V. R. me ha ofrecido (NOVÍSSIMA VERBA) es un tesoro; es el testamento de la querida Santa, allí está de cuerpo entero y mejor que en cualquier otro libro. Gracias porque no os lo habéis querido reservar para V. R. solamente.

Dignaos aceptar, Reveranda Madre, el religioso homenaje de mis sentimientos,

P. Th. Dubosq, Superior¹

Vicario General, Promotor de la fe en el
proceso de Canonización de Santa Tere-
sita del Niño Jesús.

Fue sacerdote de la Congregación de San Sulpicio. Superior del Seminario Mayor de Bayeux. El último de sus actos públicos quedará grabado con letras de oro en el libro de la vida, inseparable de la Historia de la Basílica de Lisieux: la bendición de una campana, "Santa Teresa del Niño Jesús", cuyo padrinazgo, unánime y honoris causa, le ofrecieron. Desde esta memorable fecha (17 de mayo de 1931) al dulce sonido del bruñido metal se unirá como eco melodioso el grito de amor de este santo varón, invitando a las almas "pequeñas" a formar parte del ejército de su amada Santita.

Después de este hecho memorable se retiró a prepararse para la muerte, que se realizó el 10 de mayo de 1932, a los setenta y dos años de edad. En 1938 sus restos mortales fueron depositados definitivamente junto al Via-Crucis Monumental que rodea la Gran Basílica de Lisieux. Fue el 27 de noviembre, y sus restos, antes de la sepultura, estuvieron expuestos en la Cripta de la Basílica durante las exequias que se hicieron. (Conf. "Anales...". Mes de junio y julio de 1932; enero 1939. Vid. Edic. H. de un Alma. Burgos. P. Bruno, pág. 374. Prol. Nov. Ver. Edic. 1947, donde se citan también los mismos.)

NOVISSIMA VERBA¹

MAYO DE 1897

Día 1:

“Hoy he tenido el corazón lleno de celestial alegría. ¡Me encomendé tanto, ayer noche, a la Santísima Virgen, considerando que su hermoso mes (mayo) iba a empezar!”².

(1) Estas palabras de Santa Teresita fueron presentadas al Tribunal Eclesiástico en el Proceso de Beatificación y luego al de Canonización; y por ellos aprobadas.

Ciertas palabras muy conocidas como de la Santita, pero que realmente no fueron advertidas por la Madre Inés, no figuran en estos coloquios. Otras varias las encontramos en la Historia de un Alma, particularmente en el cap. XII, ligeramente modificadas, para mayor conformidad con el contexto, o bien por haber sido presentadas por otros testigos, en especial la M. Maria de Gonzaga y las novicias, que se encontraron algunas veces presentes en estas conversaciones. (Vid. *Noviss. Verba. Edic. Franc.*, 1926.)

Daba esta explicación, nos limitaremos a no citar las concordancias necesariamente dadas con la Historia de un Alma, para no interrumpir la piadosa lectura de estas páginas que los lectores devotos de la Santa van a saborear.

(2) De pequeñita había ya aprendido a ejecitarse en esta piadosa costumbre del mes de mayo, consagrado a María Santísima.

Recuerde el lector aquellos días de mayo en que Teresita, con un simple cabo de vela o dos diminutas cerillas, dando tono de solemnidad a su “fiesta”, recitaba el Acordaos. Nunca dejó de practicar el mes de María.

Ya hemos citado en la *Historia de un Alma* (cap. VII, 34), el característico y señalado sentido mariano de la vida de Teresita, pero quiero aquí citar aquel párrafo, del R. P. Philipon en su nueva obra: “Une voie toute nouvelle” (chapitre VI, pág. 159. Edic. II), donde dice que el “reducido” número de textos marianos esparcidos en los escritos de Santa Teresita, aparentemente nos impiden ver claramente una vida de intimidad con la Virgen. Pero también el Santo Doctor Juan de la Cruz apenas nos habla de María en sus escritos incomparables (sí, empero, lo hace al tratar de la unión transformante, que constituye el más grande elogio que el místico Doctor dirige a su Santísima Madre). Y sin embargo, y en realidad, tanto en lo más íntimo de la Vida de Teresita como en la del Santo Doctor, Juan de la Cruz, la Santísima Virgen ocupa el lugar de preferencia.

En efecto, Teresita fue un alma mariana, en su más fuerte sentido. Pero en ella, como en todas las almas contemplativas, todo se realizaba en el interior. Las pocas confidencias que se le escapan nos dan razón de ello, profunda intimidad. No querer reconocer esto, sería olvidar lo más esencial y consolar en el camino de infancia espiritual; sería olvidar el papel que la Virgen desempeña en él, de Madre, imprescindible. En todos los santos encontramos este sentido mariano, poco más, intenso. Mirando a María, los siervos de Dios han reaccionado en profundos sentimientos de piedad filial hacia María, conforme a los distintos caracteres; y en ella han encontrado los elementos más profundos de su vida interior. De tal manera, que podríamos muy bien decir aquellas mismas palabras de San Pablo, un tanto modificadas: “Para mí, vivir, es María... Mi vida es María.”

Así sucedió en nuestra Santita... Fiel al espíritu del Carmen, vive en su atmósfera mariana, con el sello particular de la Santita: en santa libertad, sin formulismos ni programas, como una niña entregada del todo al amor de su madre, de quien todo lo espera y a quien todo se lo confía. “Este es poco más o menos brevemente resumiendo el sentido del citado párrafo. Lo mismo nos viene a decir el malogrado P. Crisógono, en sus bellísimos escritos, que tituló: “Enseñanzas de Santa Teresita”. No podía faltar en la vida de Teresita el detalle encantador de María. Porque... “vida espiritual que no esté iluminada por Ella, ha de resultar triste y fría, como un día sin sol o una noche sin luna y sin estrellas... y esto... por la realidad del oficio que desempeña en el orden sobrenatural santificador del alma... María es el principio causal inmediato, aunque extrínseco, de nuestra santificación”. Luego nos dice cómo María expresó su oficio de Madre en la vida espiritual, con aquella sonrisa dirigida a Teresita, que tenía que ser el rayo de luz que iluminaría su camino, cuando las tinieblas de las pruebas y tribulaciones viniesen a oscurecer el camino de la vida.

A esta misma sonrisa atribuye el autor citado la característica gracia de Santa Teresita, que la hizo conservar siempre inalterable en medio de las

Día 9:

A propósito de algunos sentimientos de los cuales no puede uno fácilmente librarse, algunas veces, como cuando después de haber prestado un servicio no se recibe señal alguna de agradecimiento:

“Yo también os aseguro que experimento el sentimiento de que me habláis; pero no me decepciono nunca, porque no espero retribución alguna aquí en la tierra: lo hago todo por Dios; por consiguiente, no pierdo nada y me tengo siempre por bien pagada de las molestias que me tomo en servir al prójimo”.¹

Día 15:

“No veo yo qué pueda tener más después de mi muerte que no la tenga ahora... ¡Veré a Dios, es verdad! Pero estar con El, lo estoy ya del todo en la tierra.”²

contrariedades y que la hizo tan atractiva a todo el mundo. (Vide, obra citada, edic. Julio Guerrero, Madrid.)

(1) Estas palabras concuerdan con aquel otro pensamiento de la santita, en los *Consejos y recuerdos* (pág. 344) donde nos dice que le repugnaba mucho decir aquel versículo del salmo 118, ver. 112, en Sexta del oficio de Dominica y fiestas: “Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum, propter retributionem”. Incliné mi corazón a la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos, por la esperanza del galardón. La santa añade: “...Me apresuro a decir anteriormente: “Oh! ¡Jesús mío! Tú sabes muy bien que no es la recompensa lo que me induce a servirte, sino únicamente tu amor y la salvación de las almas.”

(2) Ciertamente que la Santita no pretende hacernos creer que gozaba ya de la bienaventuranza del mismo modo que nos enseña la Sagrada Teología que sería allá en el cielo... Nuestro Padre San Juan de la Cruz, hablando de la unión de amor nos dice que Cristo es la lumbre del cielo: “...la lumbre del cielo es el Hijo de Dios” (Can. Esp., cap. X, 6, pág. 948. Edic. B. A. C.,

“Estoy contenta de irme pronto al cielo, pero cuando pienso en aquellas palabras del buen Dios: “Pronto vendré y traeré las recompensas conmigo

1946) y más adelante nos dice que en la divina union tal manera de semejanza se realiza entre los amantes que de veras puede decirse que el uno es el otro y que entreambos son uno. Esto es lo que quiso dar a entender S. Pablo, cuando dijo: “Vivo yo, más no yo, pero vive en mi Cristo”, aunque vivía él, no era vida suya porque estaba transformado en Cristo, que su vida era más divina que humana... De manera que según esta semejanza de transformación, podemos decir que su vida y la vida de Cristo todo era una vida por unión de amor, lo cual se hará perfectamente en el cielo... (Conf. Can. Esp., cap. XII, 7, pág. 957, edic. B. A. C., id.)

Así se explica mejor el sentimiento de las palabras de Teresita: “No sé qué tendré de más en el cielo..., etc.”.

Lo mismo viene a decirnos el P. Philippon: “...Avida de soledad y de olvido se esfuerza en vivir desapercibida en su comunidad, su ideal es pasar por la tierra “desconocida de todos”. Para ello pone en práctica la pobreza espiritual y negación absoluta, descritas por el Santo Doctor Juan de la Cruz. Pero, ¡qué libertad, sin embargo, resplandeció en medio de su anonamieto!”. “Soy libre” (*H. de un Alma*, cap. IX) puede exclamar triunfalmente: libre de no amar sino a Dios, de no pensar mas que en El sólo. El radical desasimiento de si misma, donde la han llevado su conciencia de su pequeñez y nonada, la volvió maravillosamente apta “a las operaciones del Amor Transformante”. Desde entonces no desea sino “vivir de amor” para “morir de amor”, pero en la cruz. Vivió continuamente con Dios, envuelta siempre en los sentimientos de amor, de ternura y fidelidad en su corazón de niña”. ¡Qué increíble fue su intimidad con su Padre, del cielo! No pasó tres minutos sin pensar en El” (Conf. Proc. Apost., 774, Sor Maria del Sagrado Corazón. Proc. Dioces., 1729, Sor Genoveva. Proc. Apost., 629, Madre Inés. Proc. Apost., 928. Sor Genoveva). Y cuando le preguntaron admiradas, cómo se las arreglaba, respondió sonriendo: “¡Cuando uno ama...”.

El P. Philippon, para dar más fuerza a su expresión, trae el testimonio de la Madre Inés en el Proceso Apost., 629: “...Su unión con Dios, nos dice la R. madre, fue tan grande, que ella misma decía: “No sé que podré tener de más después de mi muerte que no lo tenga ahora... ¡Veré a Dios, es verdad!, pero estar con El, lo estoy ya del todo en la tierra”.

“En efecto, añade la Madre, su unión con Dios consistía en hacer únicamente las dos horas de oración prescritas por la regla, a la que fue fielísima, sino que podemos bien decir de ella, que su oración fue continua. Ya dije, dando respuesta a lo que anteriormente se me interrogó, que su recogimiento fue tal que pudo decir: “Creo que no he dejado transcurrir tres minutos sin pensar en Dios”. (Vid. “Une voie toute nouvelle”, par le R. P. Philippon, chap. I, pág. 39, II edition).

para premiar a cada uno según sus obras" (Apoc., XXII, 12), me figuro que Nuestro Señor se verá muy apurado conmigo, porque yo no tengo obra alguna. Por consiguiente, no podrá premiarme *según mis obras*... Pues bien, yo confío que me premiará según las *suyas*."¹

* * *

Si por un imposible, Dios no viese mis buenas obras, no me afligiría por ello. Le amo tanto, que quisiera poderle agradar con mi amor y pequeños sacrificios, sin que El mismo supiese que son míos. Viéndolos y conociéndolos se ve como obligado a recompensármelos... ¡y no quisiera darle este trabajo!²

* * *

Quisiera que me mandasen al Carmen de Hanoi

(1) "No tengo obra alguna." Todas las había dado a las almas. No quería aprovecharse de su méritos. Las almas del Purgatorio y las almas de los pecadores tenían necesidad de ellas. Este bellissimo pensamiento de la Santa Misionera por excelencia lo encontraremos a través de sus escritos hasta el mismo instante de su muerte. Su vida se asemejó a aquel grito de Francisco Javier: "Domine, da mihi animas!"

(2) Vea el lector nuestro comentario del capítulo IX, 22 de la Historia de un Alma, donde hablamos de las Misiones dependientes del Carmelo de Lisieux, en cuanto su origen y del espíritu misionero de Teresita.

Aquí la Santa parece hacerse eco de aquella frase de San Juan de la Cruz: "...un poquito de este puro amor es más precioso, y más provecho hace a la Iglesia que todas las obras exteriores juntas". (Anot. a la can. XXIX, 1, pág. 1030. Edic. B. A. C.)

Y como el amor, según el Santo doctor, "no consiste en sentir grandes cosas sino en tener gran desnudez y padecer por el Amado" (Escritos o dichos de amor y de la luz, núm. 36, pág. 1201. Edic. cit.). De aquí este deseo de Teresita de estar sola lejos en un Carmelo ignoto, y sin hacer grandes obras sino "sufrir y amar": en estos dos actos hizo consistir todo su apostolado que la ha hecho merecedora de su título de Patrona Universal de las Misiones. Tenía razón el Místico Doctor del Carmelo cuando escribió aquella sentencia, arriba citada: "¡Cuánto vale el puro amor!".

(Con chichina) para poder sufrir mucho por Dios; quisiera ir allá, si acaso me curo, para estar *sola*, para no sentir consuelo alguno sobre la tierra... Reconozco que Dios no necesita de nuestras obras, estoy segura que allá no prestaría servicio alguno; *pero sufriría y amaría*. Es esto lo que tiene valor a sus ojos.¹

* * *

Hablábale yo de diferentes prácticas de devoción o perfección, aconsejadas por ciertos autores espirituales, y que descorazonan a muchas almas:

—Yo nada encuentro en los libros, sino es en el Evangelio. El solo me es suficiente. Escucho complacida aquellas palabras de Jesús, que me dicen todo lo que debo hacer: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.”² Esto me llena de paz según su promesa: “... y halláreis el descanso de vuestras almas.”³

* * *

(1) Ya lo había predicho el Santo Padre Juan de la Cruz: “...el enamorado de Dios no pretende ganancia ni premio, sino perderlo todo y asimismo en su voluntad por Dios”...y, “el que con puro amor obra con Dios, no solamente no se le da nada de que lo sepan los hombres, pero ni lo hace para que lo sepa el mismo Dios.” (Vide., Can. Esp. canc. XXIX, 8, pág. 1033, y Dichos de luz y de amor. Avisos, 1, pág. 1204. Edic. cit., respectivamente.)

(2) Mateo, XIII, 29.

(3) Ya dijimos algo sobre los libros que Santa Teresita leyó. De ellos, los más importantes fueron para la Carmelita, entre todos, el profundo libro de la Imitación; las bellísimas obras del Santo Doctor Juan de la Cruz, que tantas luces le dieron y tanto tenían que influir en su vida y doctrina del Caminito, y sobre todo éstos; la Sagrada Escritura, con preferencia el Santo Evangelio. “En él, descubría siempre nuevos horizontes.” El sentido oculto de sus páginas se volvía fácilmente luminoso para Teresita. Los Santos Evangelios nunca presentaron dificultad para ella; aplicando con naturalidad los pasajes convenientes a las almas que venían a consultarla.

En sus conversaciones, en su dirección, siempre mezclaba algún pasaje de este libro divino. Ya era tan corriente esto, que se llegó a creer en el convento que se los sabía de memoria. Incluso se dedicó a recopilar todas las concordancias, cosa no corriente entonces, y menos en un convento tan pobre como los del Carmen. La interpretación que la Santa daba era de tendencia mística, pero siempre bajo un sentido natural y verdadero. (Vide apud., obr. cit. del P. Philipon, cap. I, semejantes afirmaciones que el erudito Padre extrae del Proceso Apost. en diferentes declaraciones de varias religiosas contemporáneas de la Santita, entre ellas Sor Genoveva. Al escribir estas líneas me vienen al pensamiento análogas declaraciones hechas por los contemporáneos de San Juan de la Cruz, diciéndonos como el Santo: "...expone las escrituras a los doctores y catedráticos (entre ellos los conocidos Ojeda, Becerra y Sepúlveda) de la Universidad de Baeza" (Vide: Vida de S. Juan de la Cruz, por el R. P. Crisógono, o. c. d. Edic. B. A. C., cap. XI, pág. 241), y que encuentran las explicaciones de Fr. Juan tan satisfactorias, tan nuevas y tan exactas, que les parecen dictadas por el Espíritu Santo (Id.). "Y que entretenía a sus enfermos leyéndoles párrafos de los Santos Evangelios" (Id., pág. 248). Los ajuares de su pobre celda: "la austera tarima, una gran cruz de palo, una estampa de Nuestra Señora y una Biblia y el breviario..." (Id., capítulo XIV, pág. 301 y cap. XVI, pág. 353). En las mismas recreaciones, en la que tanto brilló la gracia y caridad "del santico", "mezclaba con los cuentos la declaración del algún texto de la Escritura..." (Id., cap. XIV, pág. 308). Y finalmente, por no alargarme más citaré también aquel otro paso de su vida, la muerte: En su prolongada enfermedad y en los mismos instantes de su muerte, repite versículos y pasajes escriturísticos e incluso suplica que se le haga lectura de la Sagrada Escritura. (Id., cap. XXI, pág. 472).

Nos consta que Santa Teresita del Niño Jesús llevó constantemente los Santos Evangelios sobre su corazón e hizo seguir este ejemplo a las demás religiosas (Proces. Apost. Declara. de Sor Genoveva, 880). No existía esta costumbre en el Carmen de Lisieux antes de la entrada de Teresita. Ella fue la primera de pedir permiso para ello y ponerlo en práctica. Como en aquellos tiempos no había ediciones "Manuales" de los Evangelios, la santa arrancó cuidadosamente los cuatro Evangelios de su libro "Manual du chretien" (Manual del Cristiano, especie de devocionario) y luego suplicó a Celina, que todavía no había entrado en religión, que se los encuadernara. Esta "edición" resultó demasiado grande para llevarla constantemente encima; alguien le aconsejó que se arreglara otra de dimensiones más cómodas. Así lo hizo. En el mes de abril de 1896 (al iniciarse sus grandes pruebas espirituales) escribió en la primera página el "Credo", con su propia sangre, siguiendo los consejos de un director espiritual, para mejor luchar contra sus tentaciones contra la fe, desmintiéndolas con aquel acto de vivida fe.

En junio de 1897, escribió también en ella este versículo del salmo XCI: "¡Señor, me llenáis de gozo con todo cuanto hacéis!" (Vid., obr. cit. del P. Philipon, o. p. chap. I, pág. 33, note.)

Le dieron un hábito nuevo (el mismo que hoy se conserva). Se lo puso por vez primera el día de Navidad de 1896. Este hábito, que era el segundo que le hacían desde su toma de Hábito, le caía bastante mal. Le pregunté si esto la enojaba, y dijo:
¡Ni sombra! No más que si éste fuera de un chino alla a dos mil leguas de nosotras.

* * *

A propósito de las Novicias:

Arrojo a diestra y siniestra, a mis pajaritos, las deliciosas semillas que el buen Dios deposita en mi mano. Y luego, se hace lo que El quiere. Yo no vuelvo a ocuparme de ello. Algunas veces es como si yo nada hubiera echado; otras hacen mucho bien; pero el Señor me dice: “Siembra, siembra sin cesar ni preocuparte del resultado.”

Día 18:

Se me ha descargado de mis oficios: yo he pensado con esto que mi muerte no acarreará la menor molestia a la Comunidad.

Yo le dije:

—¿Está triste V. C. de aparecer ante la Comunidad como un miembro inútil?

—¡Oh, no! Este es el menor de mis sufrimientos.

* * *

Intenté, al verla tan enferma, alcanzarle la dispensa del rezo del oficio de Difuntos, prescrito por nuestras Constituciones en la muerte de cada religiosa de la Orden. Entonces contestó:

—Os suplico que no me hagáis dispensas de los

Oficios de Difuntos. Es todo lo que puedo hacer por las almas de nuestras Hermanas que quizás se encuentren en el Purgatorio.

* * *

Le había demostrado mi sorpresa al ver que a pesar de su estado de salud jamás estaba ociosa:

—Yo necesito tener siempre algo que hacer en mis manos; así no estoy preocupada ni pierdo el tiempo.

* * *

¡Ah! ¡Tanto como pedí a Dios poder seguir los actos de Comunidad hasta mi muerte! ¡No ha querido escucharme! Me parece, empero, que podría asistir a todos, no moriría un minuto antes por ello.

Algunas veces pienso que si no hubiera dicho nada, nadie me hubiera creído enferma.

Día 19:

—¿Por qué está tan contenta?

—Por que tuve esta mañana dos *penitas*, oh, muy sensibles... Nada me causa tanta alegría como estos sinsabores.

Día 20:

Me dijeron que yo tendría miedo a la muerte; puede que sí. ¡Si supiesen cuán poco confío en mí misma! Jamás me apoyo en mis propios juicios; sé muy bien cuán débil soy, pero quiero gozar del sentimiento que Dios me concede ahora. Ya queda tiempo para sufrir lo contrario.

—Le mostré una de sus fotografías:

—Sí, pero es el “sobre”. ¿Cuándo se verá la “carta”? ¡Oh!, cuánto deseo ver la “carta.”¹

Días 21 al 26:

Sé que pronto moriré. Pero ¿cuando? ¡Oh, nunca llega! Soy como un niño a quien siempre le prometen un dulce; pero se lo enseñan de lejos... ¡Mas cuando se acerca para tomarlo se retira la mano!... Pero yo me he abandonado completamente a todo, lo mismo para vivir que para morir. Más bien quisiera curarme del todo ir a Conchinchina si Dios así me lo pidiera.

* * *

No será preciso que después de mi muerte aceptéis coronas para colocarlas en mi féretro, como se hizo con la Madre Genoveva¹; antes bien, con el dinero que se gastaría en ellas rescatad de la esclavitud algunos pobres negritos. Pueden decir que es lo único que me agradará. Quisiera que uno (de esos negritos) se llamase Teófanés² y otro María Teresa.

* * *

(1) El texto francés dice así: “Oui, mais... c'est l'enveloppe; quand est-ce qu'on verra la lettre. Oh! que je voudrais bien voir la lettre!”. Aquí la santa usa un retruécano francés, dado el sentido variado de la palabra “enveloppe”, que significa: sobre (de una carta), envoltura (cuerpo). Hubiéramos podido traducirlo directamente en su sentido verdadero (en la acepción de la Santa), que sería: “Sí, pero esto es la envoltura (el cuerpo), ¿cuándo verá el interior (el alma)?...”. Pero hemos preferido ser fieles al texto original de la santa, dejando su graciosa e ingenua frase.

(1) La Rvda. Madre Genoveva de Santa Teresa, fundadora del Carmen de Lisieux.

(2) En obsequio a su queridísimo beato Teófanés Venard, de quien hemos ya hablado en distintos lugares de la Historia de un Alma. (Cap. XII, 46.)

Hace algún tiempo me apenaba muchísimo tomar remedios caros, pero ahora ya no me apeno, porque lei que Santa Gertrudis se alegraba de ello, pensando que todo era para mayor mérito y provecho de aquellos que la trataban con tanta caridad. Se fundaba en aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: “Cuanto hiciereis al menor de los míos, a mí me lo hicisteis.”³

* * *

Estoy convencida de la inutilidad de los medicamentos para curarme, pero me las he arreglado con el Buen Dios para que redunden en provecho de los pobres misioneros que no tienen tiempo ni remedios para cuidarse. Le pido que todos los cuidados que se me prodigan aprovechen para su salud.

* * *

Me han repetido tantas veces que soy animosa, y esto no es lo cierto, que me he dicho a mí misma: “En fin, es preciso que el “mundo” no mienta de esta manera”, y me he decidido con la ayuda de la gracia, a adquirir valor. Hago como un guerrero que, viéndose felicitado por su bravura, sabiendo muy bien que no es más que un cobarde, acabará por darse vergüenza de tales cumplimientos queriendo merecerlos.

* * *

Prefiero quedarme en nuestra celda que descender a la enfermería. Porque aquí nadie me oye toser y no

(3) Mateo, XXV, 40.

molesto a nadie; y porque cuando estoy muy bien cuidada *“dejo ya de gozar.”*”

* * *

Los Santos Inocentes no son niños en el cielo, tienen sólo indefinibles encantos de la infancia. Nos los representan como niños, porque tenemos necesidad de imágenes para comprender las cosas invisibles.

Sí, yo espero juntarme a ellos dentro de poco.¹

* * *

(1) Su celda estaba bastante retirada del resto de la Comunidad. En la enfermería se vió rodeada de mil cuidados; además las Hermanas enfermeras habitaban las celdas contiguas.

Había pasado dos meses sufriendo a solas en su humilde celda. Podemos contemplarla en las fotografías varias que se han hecho de ella: una cama de duras tablas, con un pobre jergón de paja y alguna manta, un banquillo de madera casi a ras de tierra, un jarro de barro y una cruz de madera: “el mueble más precioso”, como dicen Nuestras Constituciones.

Sin embargo, y afortunadamente, la soledad y retiro de su celda, en la que fue consumando su holocausto, no nos deja tan a oscuras, sino que deja escapar algún rayito de luz que nos ilumina “un poco” sobre los sufrimientos y santidad de Teresita. Esto lo debemos a la Madre Inés, acudiendo asiduamente a la cabecera de la enferma, hasta llegar a componer este precioso libro *Noviss. Verba*, que podría resumir en aquellas palabras de Pío XI en el Breve de Beatificación: “...Se la veía consumirse más que por la enfermedad, por el fuego del divino amor, y el lecho de la sierva de Dios era para toda la comunidad una Cátedra, donde se aprendía la santidad”. La llevaron a la enfermería el día 8 de julio; al salir de su amada celda, exclamó emocionada: “Cuando esté en el cielo, piensen que una gran parte de mi bienaventuranza la gané en esta celdita donde sufrí mucho; ¡cuánto me hubiese gustado morir en ella!”

Su primera mirada al entrar a la enfermería fue a la Santísima Virgen “de la sonrisa”.

(Vea el lector, *Noviss. Verba*, últimos días desde julio. Además, puede consultar, si quiere seguir detenidamente las frases de la enfermedad mortal de la Santita, el acertado libro: “El alma de Santa Teresita”, P. I. Casonovas, S. I. Edic. Balmes. Barcelona. Cap. IV.)

(1) Aquí la Santa nos da cuenta perfecta de lo que ella entiende por “infancia” y “niño”. Conveniente sería que leyese muchos detenidamente estas palabras, y no se dirían tantos desaciertos como se dijeron contra la

Si yo no tuviera estas pruebas espirituales, estas tentaciones contra la fe, imposibles de comprender, creo que moriría de gozo ante el solo pensamiento de mi próximo vuelo al cielo.

Santa Moderna, que muchos apellidaron de “confitura y melindre”, sin haberse empero atrevido a mirarla cara a cara, porque se hubiesen rendido, avergonzados de la heroicidad y fortaleza de esta “niña”.

“La senda de la Infancia espiritual halla su origen —nos dice el P. Philipon, en la obra citada— en el “descubrimiento” que hace de la divina Paternidad” (vide sobre esto el mismo autor, obr. cit., pág. 303), y nos dicta a cada uno de nosotros una actitud de niño cara a cara con Dios. Esta infancia espiritual “consiste en sentir y obrar, bajo la influencia de la gracia, como el niño obra por naturaleza”, dijo Pío XI en su homilia de la Misa de Canonización (17 mayo 1925). Esta transposición queda justificada con la armonía que existe entre el mundo de nuestra naturaleza y la gracia. Las almas a quienes se les propone imitar a los niños, pero en un plano sobrenatural, deben imitar sus cualidades y disposiciones, pero no sus defectos... El niño tiene conciencia de su debilidad y sobre este punto nos da una gran lección —nos dice Benedicto XV en un magistral discurso—. El nos trae a la memoria —prosigue— la condición indispensable de toda santidad: el conocimiento de nuestra debilidad y de nuestra impotencia a todo lo bueno... La infancia espiritual excluye todo sentimiento de soberbia y presunción de valerse por sí solo... Y, supone una fe viva de la existencia de Dios, un homenaje sincero y práctico a su Omnipotencia y a su Misericordia... Se comprende fácilmente porque el Señor los indicó como condición necesaria para adquirir la vida eterna. Si no os volviereis e hiciereis semejantes a los niños no entraréis en el reino de los cielos... (Mat. XVIII, 3). “Porque el reino de los cielos es de los pequeñuelos.” Y esta práctica de la infancia no es sólo para los que jamás hubieran perdido la inocencia bautismal, sino para aquellos también que la perdieron... Acaso no indican un esfuerzo, un cambio, aquellas palabras del Señor: “Si no os volviereis e hiciereis”, ¿quién puede “volverse” niño, sino aquel que no lo es? Y al mismo tiempo nos indica la obligación que tenemos de seguir este consejo evangélico: “¡si no os volviereis..., no entraréis!”

(Vide Philipon, obr. cit., chap. IX, 3, pág. 309.) Hasta aquí hemos declarado muy por encima el sentido de “infancia espiritual” y de los términos “niños” en la doctrina de Teresita; el lector puede acudir, si gusta tratar en esta materia, al libro citado, a los discursos de los Romanos Pontífices acerca de este Camino, al pequeño, pero maravilloso librito del Rvdo. P. Eduardo Serra Buixó, Pbro. “El Camino de la Infancia Espiritual”, Edit. Cultura Relig. Balmes. Barcelona.

Día 27:

Me gustaría muchísimo que me hiciesen una “circular”.

No acabo de comprender como puede haber Religiosas que deseen no tenerlas. ¡Es tan dulce conocerse, saber un poco con quienes viviremos eternamente!¹

* * *

Estábamos hablando de su infancia y yo la hice recordar esta reflexión que mi madre me había hecho cuando estaba yo todavía en la Visitación de Mans. “Veo que nada te interesa tanto como recibir noticias de tus hermanitas Celina y Teresa, pero me devano los sesos para encontrar algo más que decirte y es esto muy difícil.”

—Estoy segura —añadí— que mamá interpretaba con exageración algunas faltillas de niña, para tener algo más que decirme.

Ella (Teresita) me respondió sencillamente:

—Creo que tiene razón V. R.: es muy cierto que ya antes de cumplir tres años, no era preciso reñirme en lo más mínimo para corregirme. Solamente una palabra dicha con dulzura me bastaba y me hubiera bastado siempre para hacerme comprender y reparar mis faltas.

(1) Es costumbre en el Carmen, mandar a todos los Monasterios de la Orden, después de la muerte de cada religiosa, una noticia biográfica en forma de carta circular. A esto se refiere la Santa, al decir estas palabras.

Día 28:

No temo los últimos combates ni los sufrimientos de la enfermedad, por grandes que sean. El Buen Dios desde mi tierna infancia me ha guiado y llevado de la mano. En El confío. Estoy segura que continuará socorriéndome hasta el fin. Podré sufrir muchísimo, pero nunca sobrepasarán mis fuerzas; estoy segura de ello.

* * *

Decíale yo:

—Cierta Hermana antigua de la Comunidad cree que una larga vida de fidelidad al servicio de Dios es siempre más meritoria y provechosa a las almas que otra consumida en breve tiempo.

—¡Oh, yo no lo creo así! ¿Se ha fijado V. R. en la lectura del refectorio, en aquella carta dirigida a la madre de San Luis Gonzaga, donde dice el santo que nada hubiera podido adelantar ni ser más santo, aunque hubiera llegado a la edad de Noé?

* * *

El año pasado, hacia el mes de noviembre, cuando se había proyectado ya mi partida a la misión de Tonkín, ¿se acuerda V. R. que comenzamos una novena al venerable Teófanos Venard, para conocer la voluntad del Señor? Por aquellos días yo seguía todos los actos de Comunidad y asistía incluso a Maitines.

Pues bien, preciosamente durante esta novena empecé a toser y luego fuí de mal en peor. Es El que

me llama. ¡Oh, quisiera tener su retrato! Es un alma que me agrada... Hay santos jóvenes que se nos muestran serios, aun en los momentos de recreo, pero éste estaba siempre alegre.¹

* * *

Yo no deseo más morir que vivir; dejo que el Buen Dios escoja por mí. Sólo amo su voluntad.

No vayan a creer que si me curo se desviarán y desvanecerán mis planes. ¡Nada de eso! La edad no existe a los ojos de Dios, y yo ya me las arreglaré de manera que quede “niñita”, aunque viva muchos años.

* * *

Busco siempre el lado bueno de las cosas. Hay personas que todo lo toman de manera que todo les causa mucha pena. A mí me sucede lo contrario. Si no me queda más que sufrir, si el cielo está tan encapotado que no me deja vislumbrar un solo destello de luz, ¡es igual! Busco en esto mi alegría.

(1) Vea el lector lo que dijimos en la *Historia de un Alma*, cap. XII, 46, acerca de este Venerable. La santa lo amó extremadamente. Bien se puede decir que mucha parte de aquel optimismo que siempre respiró lo debe a este venerable, a quien imitó siempre en este punto. Tal fue el espíritu de Teresita como su Santa Madre Teresa de Jesús había querido que fuesen sus hijas: optimista y alegres, contentas siempre de llevar la Cruz del esposo. Así lo entendió nuestra Santita, y se apresuró a cumplir este deseo de su Santa Madre. Las religiosas de Lisieux pudieron comprobar y gustar las delicias de este alma santa, pero alegre. Cuando alguna vez faltó Teresita en las recreaciones, incluso se lamentaron de esta “desgracia”, porque aquel recreo no resultaría divertido; faltaba el alma de las alegrías de las pobres monjas: Teresita.

Día 29:

Había sufrido mucho. Yo tomé el Santo Evangelio para leerle algún pasaje y me fijé en estas palabras: “Resucitó, no está aquí, ved el lugar donde lo dejasteis.”²

—Sí, es verdad, ya no soy como en mi infancia, accesible a cualquier dolor; estoy como resucitada, ya no estoy en el “lugar” en que se me cree.

Madre mía, no sufra más por mí; he llegado a no poder sufrir ya, porque me es dulce todo sufrimiento.

Día 30:

Le dije:

—Quizá sufrirá mucho antes de morir.

Contestó.

—¡Oh, no pase cuidado! ¡Lo he deseado tanto!

(2) Marcos, XVI, 6.

JUNIO

Día 4:

Se despidió de nosotros (sus tres hermanas). Estaba como transfigurada y parecía que ya no sufría.

—He suplicado a la Santísima Virgen que no me dejase permanecer tan abatida e inconsciente como estos días pasados. Me daba perfecta cuenta que os apenaba; hoy, me ha escuchado. ¡Oh, Hermanitas mías, qué feliz me siento! Estoy segura que moriré pronto, si muy segura.

No os extrañéis si después de mi suerte no me aparezco y si no veis algo extraordinario como prueba de mi bienaventura. Entonces acuérdense que el espíritu de mi Caminito es no “ver” nada.

Bien conocen VV. CC. aquella expresión que tantas veces he repetido a Dios, a los ángeles y a los santos:

Que no es mi deseo
verles aquí abajo.

—Los ángeles la vendrán a buscar—repuso Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina).

No creo yo que los veáis; pero esto no impide que estén allí presentes. Quisiera poder complacerlas, teniendo una dulce y placida muerte. Así lo he pedido a la Santísima Virgen.

Pedírselo a la Santísima Virgen no es lo mismo que pedírselo a Nuestro Señor. Ella sabe muy bien que ha de hacer con mis deseos; si es preciso atenderlos o no... en fin, a Ella corresponde no forzar la bondad de Dios para que me escuche, y dejar que en todo se haga siempre su santa voluntad.

...No sé si iré al Purgatorio; ello no me inquieta mucho; pero si voy allá no me arrepentiré de haber trabajado únicamente para salvar almas. ¡Cuán contenta me he puesto al saber que Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús también pensaba así!¹

No sé apenas si sufro mucho y si ven en mí, como ya les dije, algún signo de felicidad en el momento de

(1) Véase "Obras de Santa Teresa de Jesús...", P. Silverio, o. c. d. Edit. Burgos. III, 1939, cap. XXXII, 6." "...De aquí (de la visión del infierno) también gané la grandísima pena que me da las almas muchas que se condenan "de estos luteranos en especial, porque eran ya por el Bautismo miembros de la Iglesia, y los impetus grandes de aprovechar almas, que parece cierta a mí, que por librar una sola de tan grandísimos tormentos pasaría yo mil tormentos muy de buena gana", pág. 252.

En las Relaciones (vide, edic. crítica, Relación IV, 3), nos vuelve a manifestar este deseo; idem en la Relación VI, 6. En su Camino de Perfección, cap. I, 2, dice: "Mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que se pierden", y más adelante 4) "no me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden". Y refiriéndose más expresamente a las almas del Purgatorio, escribe:

"En esto de sacar almas del purgatorio..., son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que quería cansarme y cansar a quien lo leyese." (Vide, Vida, cap. XXXIX, 5, pág. 322, edic. cit.) "Si tenéis pena porque rogando por los prójimos no os descontará la pena del purgatorio, creed que se os quitará por esta oración, y si no, que esté yo hasta el día del juicio en el Purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma" (Vid. Camino de Perfección, cap. III, 6).

mi muerte... ¡Nuestro Señor murió también Víctima de Amor; sin embargo, recuerden cuál fué su agonía!

* * *

Este mismo día, por la tarde, viéndola sufrir tanto, le dije:

—En verdad, V. C. deseó sufrir mucho, y el Señor no ha desatendido su deseo.

—He deseado sufrir—me dijo—y he sido escuchada. Hace ya días que sufro mucho... Una mañana durante mi acción de gracias (de la Comunión) sentí como agonías de muerte y además ni una chispa de consuelo.

* * *

Yo todo lo acepto por amor de Dios, aunque sean esos extravagantes pensamientos que asaltan mi espíritu y tanto me importunan.¹

Día 5:

—Si una mañana V. C. me encontrase muerta, no se aflija por ello, es que mi papá, el Buen Dios, ha venido sencillamente a buscarme.

—Sin duda alguna es una grande gracia recibir los últimos Sacramentos, pero cuando el Buen Dios no lo permite también eso es bueno. Todo es gracia.

* * *

(1) Se refiere a sus tentaciones contra la fe.

Mucho le agradezo, Madre, de haber ordenado que no se me diese más que una partícula de la Sagrada Hostia. todavía me ha costado bastante poderla pasar; pero cuán feliz me sentía teniendo a todo un Dios en mi pobre corazón. He llorado como el día de mi Primera Comunión.²

* * *

Vea, V. R. cuán poco consolada estoy en mis tentaciones contra la fe. El Señor Capellán me ha dicho hoy: “No os detengáis mucho en esto porque es perjudicial en extremo.”³

Y todavía me ha dicho más: “Está V. C. resignada a morir.” Yo le he respondido: “¡Ah, Padre mío!, me parece que no se necesita resignación sino para vivir. Para morir, lo que yo experimento es una alegría inmensa.”

* * *

Durante mi niñez los grandes acontecimientos de mi vida me parecían, de lejos, inaccesibles montañas. Cuando veía a las niñas hacer su Primera Comunión, me decía: ¿Cómo haré yo mi Primera Comunión?... Y luego, más tarde: ¿Cómo lo haré para entrar en Carmen? Y después: ¿...para tomar el hábito? ¿...para

(2) A causa de su gravedad apenas podía pasar las bebidas más imprescindibles para su alivio; así, pues, fue preciso que se le diese tan sólo un pedacito de la Sagrada Hostia.

(3) El señor Capellán de quien nos habla era el señor Youf, el mismo que le permitió comulgar con tanta frecuencia, especialmente durante los dolorosos días de la epidemia de “gripe”, de que hablamos en la “Historia de un Alma”.

hacer mi profesión?... Ahora me hago la misma pregunta para morir.

Día 7:

La ayudé a dar un paseito por el jardín, sosteniéndose conmigo. cuando volvíamos, se paró un momento a contemplar el conmovedor cuadro de una gallina blanca cobijando bajo sus alas a sus polluelos. Los ojos de la enferma se llenaron de lágrimas:

—¿Por qué llora V. C.?—le dije. Me contestó:

—Ahora no puedo responderle; estoy demasiado emocionada.

Más tarde me explicó el motivo de sus lágrimas, con un acento del todo celestial:

—Lloraba porque me acordé que le Buen Dios tomó esta comparación en el evangelio¹, para hacernos ver su ternura infinita. Durante toda mi vida ha hecho esto mismo conmigo: me ha resguardado totalmente bajo sus alas. Luego, no pude contener mi emoción y mi corazón se desbordó con lágrimas de reconocimiento y amor.

¡Ah!, ¡cuán bien hace Dios de ocultarse a mis miradas; de mostrarme muy raras veces y como a través de una tupida reja², los efectos de su misericordia!...

* * *

(1) S. Mateo, XIII, 37.

(2) Cantar de los Cantares, II, 9.

Me enseñó la estampa de Nuestra Señora de las Victorias donde había pegado aquella florecilla que le dió su papá y de la que nos habla en el libro de su Vida; y me dijo tiernamente conmovida:

—Hace hoy diez años que papá me dió esta blanca florecilla, después que le hablé, por vez primera de mi vocación.¹

Día 9:

Segundo aniversario de su entrega como víctima al Amor Misericordioso.²

—¡Qué feliz me siento hoy!

—¡Ah!, ¿entonces ha terminado ya su terrible prueba espiritual?—le pregunté.

—No; pero está como algo suspendida; las terribles serpientes ya no silban en mis oídos...

* * *

¡Con qué paz dejo que digan, alrededor mío, que ya voy mejor de mi enfermedad! La semana pasada, estaba levantada y me encontraba muy enferma. En cambio, esta semana, apenas puedo sostenerme, me siento desfallecer; y, he aquí, que me encuentran “sana” ¿Mas qué importa eso?

—¿Espera, entonces, V. C. morir pronto?

(1) Esta estampa la conservó durante toda su vida. En ella se conserva todavía la blanca florecilla pegada junto a María, y con el tallo separado de la raíz. En ésta misma la santa escribió las últimas letras de su vida; se conserva en un hermoso relicario de plata. (Conf. “Historia de un Alma”, cap. V.)

(2) 9 de junio de 1895.

—Sí, espero irme muy pronto; en verdad no voy “mejor”, al contrario siento un terrible dolor de costado. No obstante, siempre repetiré lo mismo: Si el Buen Dios me cura, no sufriré decepción alguna.

* * *

Se lee en el Santo Evangelio que el Señor vendrá como un ladrón³.

¡Pronto vendrá a robarme! ¡Ah! ¡cuánto deseo ayudar a este Ladrón!

Sor Maria del Sagrado Corazón (su hermana Maria) le dijo:

—¡Cuán apenadas nos quedaremos después de su muerte!

Teresita contestó:

—¡Oh! No. ya verán, mi muerte será como una lluvia de rosas. *Sí, yo haré caer una lluvia de rosas...*

* * *

Me comparo a una niñita, que espera en la estación, la llegada de su papá y su mamá para que le suban al tren. ¡Ah! ¡todavía no han llegado y el tren ya marcha! Pero es igual, todavía hay otros trenes, no los perderé todos...

(3) Mateo, XXIV, 43; Lucas, XII, 39.

Día 10:

Pido siempre a la Santísima Virgen, que diga al Señor que no se moleste por mí. ¡Ella sabe cumplir muy bien mis encargos!... Yo no oigo otra cosa acerca de mi enfermedad, sino que voy mejor. Pero soy feliz, porque me entrego a todo. ¡Qué ganaría yo, si me nutriese en la esperanza de morir pronto! ¡Cuántas decepciones!

Pero, ahora no tengo ni una sola, porque me contento con todo lo que Dios quiere. No deseo otra cosa que su santa voluntad.

Día 14:

Poquito a poco, se pueden soportar muchas cosas.

Día 15:

El día 9 veía claramente, aunque de lejos, el luminoso faro que me anunciaba el puerto del cielo; pero, ahora, ya no veo nada. Parece que tenga los ojos vendados. Lo que se me dice acerca de mi próxima muerte, ya no me conmueve. Sin duda el Señor no quiere que piense en ello, como antes de mi enfermedad. En aquel tiempo experimentaba el provecho y necesidad de este pensamiento. Mas, ahora, muy al contrario, el Señor quiere que me entregue a sus brazos, como una niñita, sin inquietarse de lo que puedan hacer de ella.

* * *

Le aflige ver que su enfermedad se prolonga y se fatiga de tanto sufrir.

—¿Sufrir? ¡Oh! Esto es lo que más me agrada.

—¿Por qué?

—Porque es la voluntad de Dios.

* * *

Estoy muy contenta, porque me parece que no ofendo tanto a Dios mientras estoy enferma. Hace poco escribía yo sobre la caridad y con frecuencia venían a estorbarme. Héme propuesto no impacientarme por nada; y poner en práctica lo que estaba escribiendo, procurando ser la primera en ello.

Día 22:

Se hallaba en el jardín, sentada en su cochecito de enferma. Me acerqué a ella después de comer y me dijo:

—He comprendido muy bien el significado de aquellas palabras que Nuestro Señor dijo a nuestra Santa Teresa: “Hija mía, ¿sabes tú quiénes son mis verdaderos amantes? Son aquellos que reconocen como falso todo lo que no se refiera a Mí”. ¡Oh, cuánta verdad! Si todo es vanidad, fuera de Dios.¹

(1) La Santita hace alusión al cap. XL, de la Vida de Santa Teresa. El texto francés, como ordinariamente sucede, no corresponde literalmente con el texto castellano. Este reza así: “¡Ay! ¡Hija mía, qué pocos me aman con verdad!, que si me amasen, ¡no les encubriría Yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí...” (Conf. Obr. Compl. Santa Teresa de Jesús. P. Silverio, o. c. d. Edic. Mont. Carme. Burgos, 1939, cap. XL, 1, pág. 332).

Día 23:

Le había dicho:

—Oh, yo no tendré nada para presentar al Señor en la hora de mi muerte; tendré las manos completamente vacías! ¡Cuánto me apena esto!

Me dio esta respuesta:

—Entonces, V. R. no piensa como yo, que me encuentro, sin embargo, en las mismas condiciones. Aunque hubiese llevado a cabo todas las obras de San Pablo, me creería un siervo inútil¹; encontraría mis manos vacías. Pero esto es precisamente lo que más me alegra, porque no teniendo nada, todo lo recibiré de Dios.

Día 25:

Me enseñó un pasaje de los Anales de la Propagación de la Fe, donde se comentaba la aparición de una santa vestida de blanco, a un niño recién bautizado. Y me dijo:

—Más tarde también lo haré yo. Bajare alrededor de los niños bautizados.

Día 26:

¡Qué dolor de costado tenía ayer! Mas, he aquí que hoy ha desaparecido. ¡Ah! ¿Cuándo iré con mi buen Dios? ¡Cuánto deseo volar al cielo!

(1) Lucas, XVII, 10.

Día 29:

¡Cuán desdichada me sentiría en el cielo, si no pudiera derramar desde allí, mis pequeños favores sobre la tierra a aquellos que más amo!

* * *

Por la tarde le atacó con más ímpetu la tribulación de su alma; su tentación contra la fe y ciertas reflexiones la dejaron muy apenada. En este estado me dijo:

—Mi alma se siente del todo desterrada: el cielo está completamente cerrado para mí; y del lado de la tierra también experimento la prueba... Me doy perfecta cuenta que no se me cree muy enferma, pero es el Señor quien permite eso...

* * *

Cuando esté en el cielo me agradará mucho que escriban para mí hermosas poesías; me parece que agrada a los santos muchísimo que se les cante alabanzas, porque honrándoles a ellos se honra en gran manera al Señor.

Día 30:

Hablábale yo de los santos que llevaron una vida extraordinaria, como San Simón Estilita; y me contestó:

—¡Ah!, sin duda es admirable, pero prefiero los santos que triunfaron en todas las luchas, mediante

el santo abandono en las manos de Dios, como Santa Cecilia, que se dejó entregar al matrimonio sin temor alguno...¹

* * *

A propósito de cierta visita al locutorio, donde siguiendo su habitual costumbre, dejó hablar a sus hermanas, sin nada decir por parte suya, me dijo:

¡Qué tímida estaba esta tarde en el locutorio! No obstante, al poco rato, después de la visita, me vi obligada a reprender con severidad a una novicia. ¡Yo no me conocía! ¡Qué contrastes hay en mi carácter!

Mi timidez proviene de una molestia extrema que experimento cuando se habla o se ocupan de mí.

(1) Es el espíritu del Carmen, confianza y santa libertad, en la vida del alma. Debemos llorar nuestras faltas, pero sin perder la paz. El Hermano Lorenzo de la Resurrección, o. c. d., francés, religioso favorecido con muchos favores y alta contemplación, muerto en olor de Santidad el año 1691, también repetía palabras semejantes; "Quand je reconnais avoir manqué, j'en tombe d'accord et je dis; c'est mon ordinaire, je ne sais faire que celá" (Vid. La pratique de la Présence de Dieu, pág. 132). Estos sentimientos que "tocan" el corazón de Dios, están admirablemente conformes con el espíritu del Carmen que nos invita a lanzarnos a Dios con confianza, sin esperar mucho de nosotros mismos sino reconocer humildemente nuestra nonada.

JULIO

Día 3:

Le estaba confiando mis sentimientos de tristeza y desaliento después de una falta de la que me reconocía culpable; me contestó:

—Yo procuro no desalentarme jamás. Cuando cometo una falta que me entristece, sé muy bien que esta tristeza es consecuencia de mi infidelidad. Pero, ¿cree V. R. que me quedo afligida? ¡Oh, no! Me apresuro a decir al Buen Dios: Dios mío, sé muy bien que he merecido este sentimiento de tristeza; pero permitidme que os lo ofrezca como una prueba que Vos me mandáis por amor. Me arrepiento de mi falta, pero me siento feliz de poderos ofrecer este sufrimiento que he experimentado.¹

* * *

(1) La Santita fue devotísima de Santa Cecilia: su vida de amor, su amor a la pureza, su martirio, todo la atraía en esta Mártir; de ella también aprendió aquella bellísima costumbre de llevar siempre el libro de los Santos Evangelios sobre el corazón. Cuán emocionada recitaría el responsorio del Oficio propio de Sta. Cecilia, en el primer nocturno donde dice: “Virgo glorioso semper Evangelium Christi gerabat in pectore...”. “Esta gloriosa virgen siempre llevaba el Evangelio de su Esposo Cristo, sobre el pecho...”.

Estaba apenada, y para distraer sus pensamientos, me dijo con exquisita dulzura:

—Necesito algún alimento para mi pobre alma. Léame V. R. la vida de algún santo.

—¿La agradaría que leyera la vida de San Francisco de Asís? Le gustaría mucho porque habla de flores y pajaritos.

A esto me contestó gravemente:

—No por estas cosas, no...; sino para aprender ejemplos de humildad.

* * *

Con una santa y admirable resignación decía:

¡Hasta los santos me han abandonado! Pedí al glorioso San Antonio, durante los Maitines, que me ayudase a encontrar nuestro pañuelo, que se me había perdido. ¿Cree V. R. que me ha atendido? ¡Se ha guardado muy bien de ello! Pero no importa, le he dicho que todavía le amo más.

Día 4:

Nuestro Señor murió muerte de Cruz, en medio de terribles angustias, y, sin embargo, ¡esta fue la más hermosa de las muertes de amor que nunca jamás se ha visto!

Morir de amor, no es morir entre sublimes éxtasis... os lo aseguro, francamente, me parece que es lo que estoy experimentando.

Día 5:

Le hablé de mis imperfecciones. Ella me contestó: —También tengo yo muchas debilidades, pero no me apuro por ello. No me sobrepongo tan prontamente como desearía de las miserias de nuestra pobre naturaleza; por ejemplo, siento algunas tentaciones de inquietarme por alguna necesidad que habré dicho o hecho. Entonces, ¿sabe qué hago? Entro dentro de mi misma y me digo: ¡Ay de mí, todvaia estoy en el primer peldaño, como siempre! Pero me lo digo con tristeza y llena mi alma de paz. ¡Es tan dulce reconocerse débil y pequeña!

No se aflija, Madrecita mía, viéndome enferma, porque ya ve qué feliz me hace el Señor con ello. Estoy siempre contenta y alegre.

Día 6:

Acababa de tener una hemoptisis. Le dije con pena:

(1) La Santita había comprendido perfectamente que las “delicias del Señor son estar entre los hijos de los hombres” (Prov. VIII, 31). Por ello se complacía en verse débil y pequeña, como todo hijo del hombre. En su infancia espiritual la vemos copiar todos los encantos y virtudes de la niñez, aún las ingenuas “picardias” filiales de todo hijo para con su adorado padre.

Este mismo día (5 de julio), después de haber contemplado una estampa representando a Nuestro Señor con dos niños, de los cuales el menor sentado sobre sus rodillas le está acariciando, mientras que el otro con cierta timidez le besa respetuosamente la mano, Teresita dijo graciosamente: “Yo soy este pequeñuelo que sentado sobre las rodillas de Jesús levantando la cabecita hacia El, le abraza sin temor alguno. El otro no me agrada tanto. Se mantiene demasiado reservado...”.

Esta misma idea le hizo escribir aquellos versos:

“...Y así cual pequeñuela quiero amarte,

... y cual niño colmarte de caricias...” (Sólo Jesús, poesía.)

(Vide “L’Esprit de Ste. Thérèse”, chap. III, pág. 195.)

—¿Nos va a dejar ya?

—¡No! ¿Sabe qué he respondido al señor Capellán, que también me ha dicho: Qué sacrificio tan grande el de V. C. al separarse de sus hermanas? Pero, Padre mío, me parece que no me alejaré de ellas, al contrario, después de mi muerte estaré todavía más cerquita de ellas.

* * *

Me parece que hasta para morir tendré que tomar paciencia, como en todos los grandes acontecimientos de mi vida. Mire V. R.: Entré jovencita al Carmen, y en consecuencia, cuando ya estaba todo preparado, tuve que esperar tres meses; para mi toma de hábito sucedió lo mismo; y para mi Profesión lo mismo. Pues bien, para morir también va a suceder así. Llegará pronto, pero también tendré que esperar.

* * *

Tengo que hacer continuamente pequeños sacrificios.

* * *

Todas se dan perfecta cuenta que V. C. está muy contenta hoy porque ha tenido otro vómito y veis llegar ya al Divino Ladrón. Repuso:

—¡Ah!, aunque no lo viese. Le amo tanto, que siempre estoy contenta con lo que hace. No dejaré de amarlo cada vez más, aunque no venga a

robarme, muy al contrario. Cuando parece que me está engañando, le hago toda clase de cumplidos, de tal manera que ya no sabe que hacer conmigo.

* * *

He leído un hermoso pasaje en las Reflexiones sobre la Imitación: “Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos gozaba de todas las delicias de la Trinidad, y en consecuencia su agonía fue mucho más cruel.”

Es un verdadero misterio, pero le aseguro que comprendo algo de ello, por lo que me está sucediendo a mí.

* * *

He experimentado algunas veces que los sufrimientos vuelven más buenos e indulgentes para con los demás, porque el sufrimiento nos acerca más a Dios.

Encendí una lamparilla a la Santísima Virgen para obtener la gracia de cesar la hemoptisis. Me dijo:

Entonces, ¡V. R. no está contenta de que yo muera! ¡Ah, para alegrarme yo hubiera sido mejor que continuara la hemoptisis! Pero, ¡ya terminó por hoy!

* * *

¿Cuándo llegará, por fin, la última sentencia? ¡Oh, cuánto quisiera encontrarme en este momento!

Y luego, ¿qué habrá después?